

nados con cal y mutilados. Toda la iglesia está revocada de amarillo con molduras y claves de bóveda de colores variados, lo cual es muy feo y muy malo. Paseándome por la parte baja Norte del ábside, noté en la pared una inscripción que recuerda que Mezieres fué cruelmente sitiada y bombardeada por los prusianos en 1815. Bajo de la inscripción se han añadido estas dos líneas en latín no muy clásico: "*Lector, leva oculos ad fornixem et vide quasi quoddam divince manus indicium.*" Yo levanté los ojos *ad fornixem* y ví un ancho desgarrón en la bóveda encima de mi cabeza. En los extremos salientes de la piedra de esta abertura, suspendida por sus orejetas, distinguí perfectamente que se mantenía una bomba de gran tamaño. Era una bomba prusiana que, después de haber horadado el techo de la iglesia, las armaduras y los cimientos de mampostería, quedó detenida como por milagro al ir á caer en el suelo. Hace veinticinco años se conserva allí tal como Dios la colgó. Alrededor de la bomba se ven mezclados y deshechos ladrillos, guijarros, argamasa, todo lo que constituye las entrañas de la bóveda. Esta bomba y esta llaga abierta encima de la cabeza de los transeuntes causan un efecto extraño. El efecto es todavía más singular por la reunión de ideas que se asocian en el pensamiento, cuando se recuerda que precisamente en Mezieres fueron arrojadas en 1521 las primeras bombas que se han servido en la guerra. Al otro lado de la iglesia otra inscripción hace constar que las nupcias de Carlos IX con Isabel de Austria "se celebraron felizmente", *felicitate celebrata fuit*, en la iglesia de Mezieres, el 17 de Noviembre de 1570, dos años antes de la Saint-Barthelemy.

La gran fachada es justamente de esta misma época, y por consecuencia de un gusto delicado y exquisito. Por desgracia, es una de esas fachadas tardías del siglo diez y seis que no ha terminado su desarrollo hasta el siglo diez y siete. El campanario no se levantó hasta 1626: es imposible que se pueda ver nada más irregular y pesado, si se exceptúan los campanarios que actualmente se construyen en las diversas iglesias nuevas de París.

Por lo demás, Mezieres tiene grandes árboles junto á sus murallas, calles limpias y tristes, que los domingos y fiestas á duras penas cobraran animación, y no conserva nada que recuerde á Hallebarde y Garinus que la fundaron, ni al con-

de Baltasar que la saqueó, ni al conde Hugo que la ennobleció, ni á los arzobispos Foulques y Adalberon que la sitiaron. El dios Macer, que dió su nombre á Mezieres, se ha convertido en *San Maser* en las capillas de la iglesia.

Ningun monumento ni edificio arquitectural se encuentra en Sedán, punto á donde llegué muy cerca de medio día. Graciosas mujeres, arrogantes carabineros, árboles y praderas á lo largo del Mosa, cañones, puentes levadizos y baluartes; esto es Sedán. Es uno de esos sitios en que el aspecto severo de las ciudades fortificadas se mezcla extravagantemente con el aspecto alegre que presentan las ciudades que solo tienen guarniciones sin fuertes.

Yo hubiera querido encontrar en Sedán vestigios de Turena, pero no hay ninguno. El pabellón donde él nació fué demolido y reemplazado por una piedra negra con esta inscripción en letras doradas:

AQUÍ NACIÓ TURENA

el 11 de Setiembre de 1611.

Esta fecha que brillaba sobre aquella piedra sombría me impresionó, y se me presentó entonces en el pensamiento todo lo que ella me recordaba. En 1611, Sully se retiraba. Enrique IV había sido asesinado el año anterior. Luis XIII, que debía morir un 14 de Mayo como su padre, tenía diez años. Ana de Austria, su mujer, tenía la misma edad menos cinco días. Richelieu estaba en el pleno goce de sus veintiseis años. Algunos honradotes ciudadanos de Rouen llamaban el *pequeño Pedro* al que el universo llamó más tarde el *gran Corneille*; á la sazón tenía cinco años. Shakespeare y Cervantes vivían todavía. Brantome y Pedro Mathieu vivían también. Isabel de Inglaterra había muerto hacia ocho años, y hacia siete Clemente VIII, *Papa pacífico y buen francés*, como dice l'Etoile. En 1611 murieron Papirio Masson y Juan Busée; el emperador Rodolfo declinaba; Gustavo Adolfo sucedía á Carlos IX de Suecia, el rey visionario; Felipe III expulsaba á los moriscos de España, á pesar de los consejos del duque de Osuna, y el astrónomo holandés Juan Fabricius descubría las manchas del sol.—Hé aquí lo que sucedía en el mundo al tiempo de nacer Turena.

Y, sin embargo, Sedán no ha sido una piadosa guardiana de esta noble memoria. El pabellón natal de Turena fué

echado abajo, como acabo de decir; su castillo ha sido arrasado.

No he tenido valor para ir á ver á Bazailles, por temor de que algun campesino propietario haya hecho arrancar la alameda de árboles que había plantada. En cambio, la gran plaza de Sedán ofrece al que la visita una estatua de bronce bastante mediana que representa á Turena, la cual no me ha satisfecho completamente. Esta estatua no es la de la gloria. La habitación donde nació, el castillo donde vivió, los árboles que plantó, eran recuerdos.

Tampoco existen recuerdos, y de éste con mayor razón, de Guillermo de la Marck, ese terrible predecesor de Turena en los anales de Sedán. ¡Cosa notable y que es preciso decir de paso! En un período de tiempo, por el solo progreso natural de las cosas y de las ideas, la ciudad del Jabalí de las Ardenas se modifica de tal modo que produce á Turena.

Después de haber almorzado muy bien en una excelente fonda que se titula el *Hotel de la Cruz de oro*, como nada me retenía ya en Sedán, decidí volver á Mezieres para tomar allí el coche de Givet. Me separaban de dicho punto cinco leguas, pero cinco leguas muy pintorescas, que hice á pié, acompañado de un robusto jóven moreno, que iba descalzo y llevaba alegremente mi saco de noche. El camino se extiende casi siempre por junto al valle del Mosa.

A una legua de Sedán está Donchery con su viejo puente de madera y sus magníficos árboles: detrás de él, y á medida que se avanza, aparecen una porción de pueblecillos á cuál más bonito, preciosos castillejos con sus garitas de piedra hundidos en la espesura de la arboleda, grandes praderas en donde pacen algunas vacadas, y de vez en cuando el Mosa, que se desvía y vuelve á lamer otra vez las orillas del camino. El tiempo que hacia no podía ser mejor. Andada la mitad del camino sentí mucho calor y mucha sed, y empecé á buscar por todos lados una casa donde pudiese pedir algo para beber.

Por fin, encontré una. Eché á correr hácia ella creyendo que sería un figón, y tropecé de manos á boca con la muestra que estaba colocada encima de la puerta, y que decía: BERNIER-HANNAS, *vende avena y embutidos*. En un banco al lado de la puerta había un escrofuloso. Los escrofulosos abundan en el país. Entré en la tienda sin reparar en nada y bebí

con mucho gusto un vaso del agua que había hecho nacer las escrófulas al individuo que estaba sentado á la puerta.

A las seis de la tarde llegué á Mezieres y á las siete salí para Givet, embutido como un fardo en un cupé chato, estrecho y sombrío, entre un caballero gordo y una señora gruesa, marido y mujer, que se dirigían la palabra tiernamente por delante de mí. La señora llamaba á su marido *mi pobre chiat*, así que no sé si su intención era llamarle *mi pobre perro* ó *mi pobre gato*.

Al atravesar Charleville, que está á tiro de cañón de Mezieres, ví la plaza central, que fué construida en 1605 por Carlos de Gonzaga, duque de Nevers y de Mantua, la cual, al par que notabilísima, es la verdadera hermana de nuestra plaza Real de París. Tiene las mismas casas con arcadas, fachadas de ladrillo y altos techos. Después, como se aproximaba la noche y no tenía nada bueno en que ocuparme, me dormí, pero con un sueño violento, un sueño que me lo hicieron agitado y horrible los ronquidos del hombre gordo y los bufidos de la mujer gruesa. Siempre que mudaban el tiro me despertaban los resplandores de las linternas, bruscamente aplicadas á los vidrios de las portezuelas, ó algunos diálogos como éste:

—Dí, eh!... oye, eh! ¿Qué hace ese rocin ahí?

—No le veo.

—Es el perneador.

—Y el señor Simon? ¿Dónde está el señor Simon?

—El señor Simon? Bah! está trabajando. Trabaja á todas horas, y trabaja más que un condenado.

Otras veces el coche se detenía para mudar el tiro. Una de ellas abrí los ojos: hacia mucho viento, el cielo estaba sombrío, un inmenso molino giraba siniestramente por encima de nuestras cabezas y parecía mirarnos por las dos ventanillas, encendidas como dos ojos formados por brasas de fuego. En otra, algunos soldados rodearon la diligencia, un gendarme pidió los pasaportes, se oyó el ruido de las cadenas de un puente levadizo, un reverbero vertía su claridad sobre montones de balas pegadas al pié de una sólida pared negra, la boca de un cañón rozaba el coche: estábamos en Rocroy.

Este nombre me despertó por completo.

Aunque á aquellas horas no se pudiese decir que se *veía Rocroy*, tuve un singu-

lar placer al pensar que en un mismo día y á tan pocas horas de distancia habia atravesado esos dos sitios heróicos, Rocroy y Sedán. Turena nació en Sedán y casi se podría decir que en Rocroy nació Condé.

Entre tanto, los dos corpulentos séres que la casualidad me habia deparado en la berlina como vecinos, hablaban y se contaban el uno al otro, como en las exposiciones de las piezas malas, cosas que los dos sabian perfectamente; así, por ejemplo, decian: *Que no habian vuelto á pasar por Rocroy desde 1818.—¡Veintidos años!*—*Que M. Crochard, el secretario de la subprefectura, era amigo íntimo de ellos.—Que como eran las doce de la noche, debia estar acostado el bueno del Sr. Crochard, etc.*

La mujer sazonaba estas interesantes revelaciones con locuciones extravagantes que le eran familiares, como las siguientes: *Egoísta como una liebre vieja; la fortune du pauvre*, en lugar de decir *la fortune du pot* (1). El monstruoso señor, su marido, hacia por su parte *calembours* como éste: *Dicen que esto es un lugar comun (como uno) y yo digo que es un lugar como tres; ó proverbios disfrazados, como el siguiente: Vende á tu mujer y tápate las orejas.* Lo más gracioso era que despues de decir semejantes desatinos se reia.

Cuando el coche volvia á partir, mis dos vecinos no por eso interrumpian la conversacion. Yo hacia esfuerzos sobrehumanos para no oírles, tanto, que fijaba mi atención en el sonido que producian los cascabeles de las colleras que llevaban los caballos, en el ruido de las ruedas al girar sobre las piedras del camino y por entre los cubos de sus ejes, en el rechinar de las tuercas y de los tornillos, en el estremecimiento sonoro de las vidrieras, cuando de repente un maravilloso repique de campanas vino en mi ayuda: un repique fino, ligero, cristalino, fantástico, aéreo, que sonó bruscamente en esta negra noche, anunciándonos la entrada en Bélgica, esa tierra de los brillantes campaneos, y prodigándonos sin cesar su són irónico, zumbon y espiritual, como si echase en cara á mis pesados vecinos su estúpida charlatanería.

Este repique, que á mí me hubiera despertado si por casualidad me hubiese dormido, les produjo á ellos el efecto contrario.

Presumo que entonces debíamos estar muy cerca de Fumay, pero como la no-

(1) Como quiera que desaparece la gracia de la frase al ser traducida, la dejamos tal como está escrita en francés.

che era tan oscura no pude distinguir nada. Sin ver cosa alguna me pareció que pasamos por junto las magnificas ruinas del castillo de Hierches y las bellísimas rocas cortadas á pico que llaman las *Damas del Mosa*. De vez en cuando, en el fondo de un precipicio, sobre el que se extendia una nube de vapores, apercibia, como por un agujero formado á través del humo, una cosa blanquecina: era el Mosa.

En fin, al asomar los primeros destellos de la aurora sentí bajar un puente levadizo, abrirse una puerta y la diligencia tomar un trote largo por una especie de largo desfiladero, formado por la izquierda de una negra roca cortada perpendicularmente y por la derecha de un edificio extenso, bajo, interminable, extraño, deshabitado en la apariencia, agujereado de una á otra parte por multitud de puertas y ventanas que estaban completamente abiertas—al menos así me pareció,—por no tener ninguna pasadores, marcos, ni vidrios, lo cual me permitió ver á través de esta sombría y fantástica casa el crepúsculo, que brillaba ya en el confin del cielo al otro lado del Mosa. A lo último de esta singular mansion habia una sola ventana cerrada y débilmente iluminada. Despues el coche pasó rápidamente por delante de un fuerte torreón de muy buen contorno, se hundió en una calle estrecha y dió la vuelta á un patio, en el cual se presentaron criadas con velas y mozos con linternas para alumbrarnos.

Estábamos en Givet.

CARTA V.

Givet.

Los dos Givet.—Disertacion sobre los arquitectos y los cántaros á propósito de los campanarios flamencos.—Givet visto por la tarde.—Paisaje.—La torre del pequeño Givet.—José Gutiérrez.—Lo que se puede ver desde el imperial de la diligencia Van Gend.

En una posada del camino, 1.º Agosto.

Givet es una bonita ciudad, limpia, graciosa, hospitalaria, situada en las dos orillas del Mosa, que la divide en grande y pequeña Givet, al pié de una alta y bella muralla de rocas, cuya cima borran un tanto las líneas geométricas del fuerte de Charlemont. La posada, que se llama el hotel del Monte de Oro,

es muy buena, aunque es la única, y pueda por este concepto alojar á los viajeros, no importa cómo, y hacerles comer, no importa qué.

El campanario del Givet pequeño es una sencilla aguja de pizarra; el del Givet grande es de una arquitectura más complicada y más sábia. Hé aquí, sin quitar ni poner nada, la manera cómo el inventor lo formó.

El buen arquitecto cogió un birrete, es decir, un gorro cuadrado de sacerdote ó de abogado. Sobre este gorro cuadrado levantó, por medio de andamios, una fuente de ensalada vuelta al revés; en el fondo de esta fuente, convertida en plataforma, puso un azucarero; sobre el azucarero una botella; sobre la botella un sol enmangado en el gollete por el rayo inferior vertical; y, en fin, sobre el sol, un gallo espetado en el rayo vertical superior. Suponiendo que cada una de estas ideas le costase un día de trabajo, el séptimo es seguro que descansaria.

Este artista debia ser flamenco.

Desde hace cerca de dos siglos los arquitectos flamencos han creído que no habia nada más bello que las piezas de vajilla y los utensilios de cocina elevados á proporciones gigantescas y titánicas.

Así que, cuando se les ha mandado construir campanarios, se han aprovechado valientemente de la ocasion y han cubierto las ciudades de un sin fin de cántaros colosales.

La vista de Givet no es menos deliciosa, sobre todo cuando se detiene uno por la tarde, como yo lo he hecho, en medio del puente y mira hácia el Mediodía. La noche, que es la mayor encubridora de majaderías, comenzaba á velar el contorno absurdo del campanario. De todos los techos rezumaban vapores de humo. A mi izquierda oia vibrar con dulzura infinita las hojas de los grandes olmos, por encima de los cuales la claridad vespertina hacia destacar vivamente una corpulenta torre del siglo once, que domina de medio lado el Givet pequeño. A mi derecha, otra vieja torre, de cubierta cónica, hecha por mitad de piedra y ladrillo, se reflejaba por completo en el Mosa, espejo brillante y metálico, que atravesaba todo este sombrío paisaje. Más lejos, al pié de la formidable roca de Charlemont, distinguia, como una línea blanquecina, ese largo edificio que habia visto la víspera al entrar y que era simplemente un cuartel deshabitado. Por encima de la ciudad, por en-

cima de las torres, por encima del campanario, surgia perpendicularmente una inmensa pared de rocas, que se prolongaba hasta perderse de vista en las montañas del horizonte y encerraba la mirada como en un circo. Por último, en el fondo de un cielo verde-claro, la luna en forma de medio aro descendia lentamente hácia la tierra, tan sutil, tan vaga y tan pura, que parecia que Dios nos dejaba entrever la mitad de su anillo de oro.

Durante el día visité esa venerable torre que en otro tiempo tenia á raya al Givet pequeño. El sendero que á ella conduce era áspero y exigía que se ocupasen para atravesarlo tanto las manos como los piés; hasta de vez en cuando era preciso escalar la roca, que por cierto era de granito muy bueno y muy duro. Llegado, no sin algun trabajo, al pié de la torre, que se deshace en las ruinas y en la que los vanos romanos han sido desfondados, la encontré obstruida por una puerta adornada con un fuerte candado. Llamé y golpeé, y nadie me respondió; de modo que me fué preciso bajar de la misma manera que subí.

Sin embargo, mi ascension no fué del todo infructuosa. Al dar la vuelta á la vieja casucha, cuyos muros están casi completamente descortezados, noté, entre los escombros que se desploman y se convierten en polvo cada día en el barranco, una piedra bastante gruesa, en la que se distinguian todavía vestigios de inscripcion. La miré atentamente y ví que no quedaba más inscripcion que algunas letras indescifrables.

El órden en que estaban colocadas era el siguiente:

LO QVE	SA L OMBRE
PARA S	MO DI S L
ACAV P	S OTROS.

Estas letras, profundamente vaciadas en la piedra, parecian haber sido trazadas con un clavo; un poco más abajo, con el mismo clavo se habia grabado esta firma, que habia quedado intacta:

JOSÉ GUTIERREZ, 1643.

Siempre he sido aficionado á las inscripciones, y confieso que ésta me entretuvo mucho tiempo. Qué significaba? En qué lengua estaba escrita? A primera vista, haciendo algunas concesiones á la ortografía, se podia suponer que estuviese escrita en francés leyendo estas frases absurdas: *Loque sale.—Ombre Parasol.—Modis (maudis) la cave.—Sot. Rosse.* Pero estas frases se formaban no teniendo en

cuenta las letras borradas, lo cual, unido á que la grave firma castellana, *José Gutierrez*, estaba allí como una protesta contra mis suposiciones, reuniendo esta firma con las palabras *para y otros*, que son españolas, deduje que esta inscripcion debia estar escrita en castellano, y á fuerza de cavilar, hé aquí cómo creí restituirle su primitivo pensamiento:

LO QUE EMPIEZA EL HOMBRE
PARA SI MISMO, DIOS LO
ACABA PARA LOS OTROS.

Esta sentencia me pareció muy bella, muy católica, muy triste y muy castellana.

Ahora bien, quién era este Gutierrez? La piedra estaba arrancada evidentemente del interior de la torre.

1643 es la fecha de la batalla de Rocroy. ¿José Gutierrez era uno de los vencidos en esa batalla? ¿Había sido hecho prisionero? Lo habían encerrado allí? ¿Se le había dejado tiempo de escribir en su calabozo ese melancólico resumen de su vida y de toda vida humana?

Estas suposiciones eran tanto más probables, cuanto que para grabar una frase tan larga en el granito con un clavo, se necesita toda esa paciencia que lleva en sí el fastidio que agobia á los prisioneros. Y despues se me ocurrió otra cosa: ¿quién había mutilado esta inscripcion?

Fué simplemente el tiempo ó el azar?

¿Fué la desdichada gracia de algun majadero?

Me inclino á suponer esta última hipótesis. Algun barbarote, que de peluquero detestable se convirtió en mal soldado, sería encerrado disciplinariamente en esta torre, y había creído hacer gala de su ingenio dando un sentido ridiculo á la grave lamentacion del hidalgo. De una fisonomía había hecho una mueca.

Hoy el soldadote y el hidalgo, el gemido y la carcajada, la tragedia y la parodia, ruedan juntos confusamente bajo la pisada del viajero, en la misma maleza, en el mismo barranco, en el mismo olvido.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana, esta vez perfectamente colocado, pues iba solo en la banqueta de la diligencia Van Gend, salía de Francia por la carretera de Namur y trepaba la primera cima de la única cadena de altas colinas que hay en esa parte de Bélgica; pues el Mosa, obstinándose en correr en sentido inverso de la bajada que forma la meseta de las Ardenas, ha logrado cavar un valle profundo en esa inmensa

llanura que se llama la Flandes; llanura donde el hombre ha multiplicado las fortalezas por haberle negado la naturaleza las montañas.

Despues de una ascension de un cuarto de hora, se detuvieron de comun acuerdo los caballos rendidos y el conductor belga sofocado, con conmovedora unanimidad de pareceres, delante de un figon, en un pobre y pintoresco pueblo extendido á los dos lados de un ancho barranco que desgarró la montaña. Ese barranco, que es á la vez el lecho de un torrente y la calle principal del pueblo, está empedrado naturalmente de granito del mismo monte, sin trabajar ni pulir. Cuando nosotros pasamos por allí, seis caballos, enganchados con cadenas, subían ó, mejor dicho, se esforzaban por subir á lo largo de esta calle extraña y horriblemente escarpada, arrastrando un gran carro de cuatro ruedas, vacío. Si el carro hubiese ido cargado se hubieran necesitado para tirar de él veinte caballos, ó más bien veinte mulas. Yo no sé para qué podía servir aquel carromato en el barranco, si no era para que sacasen bocetos inverosímiles esos pobres jóvenes pintores holandeses, que se encuentran alguna vez que otra en el camino con el saco á la espalda y el baston en la mano.

¿Qué otra cosa se puede hacer en la banqueta de una diligencia que no sea mirar?

Yo estaba admirablemente colocado para dedicarme á este placer. Mis ojos abarcaban un gran trozo del valle del Mosa; al Sur los dos Givet, ligados graciosamente por su puente; al Oeste, la corpulenta torre arruinada de Agimont, formando un todo con su colina, describía tras sí una inmensa sombra piramidal; y al Norte, la sombría zanja en que se hunde el Mosa y desde la cual se eleva un luminoso vapor azul. En primer término, á los dos pasos de mi banqueta, en la boardilla del figon, una preciosa campesina, sentada en su cama con solo la camisa puesta, se vestía cerca de su ventana, abierta de par en par, lo cual permitía entrar á la vez los rayos del sol y las miradas de los viajeros, algunos de los cuales iban acostados en los imperiales de las diligencias. Por encima de esta boardilla y de esta aldeana, en lontananza, como coronacion á las fronteras de Francia, se desplegaban en una línea inmensa las formidables baterías de Charlemont.

Mientras contemplaba este paisaje, la

aldeana levantó los ojos; me apercibí, sonrió, me hizo una graciosa señal con la cabeza, no cerró su ventana y continuó lentamente vistiéndose.

CARTA VI.

Las orillas del Mosa.-Dinant.-Namur.

Paisaje del Mosa.—El Lesse.—La Roca de Bayardo.—Dinant.
—Inconveniencias que comete una mujerilla de barro cocido.
—Más sobre los campanarios, los cántaros y los arquitectos.
—Castillos arruinados.—Oracion de los muertos á los vivos.—Ideas que inspiran las niñas bonitas encaramadas en los árboles á los viajeros recostados en los imperiales.—Recuerdos poéticos á propósito de Namur y del príncipe de Orange.—Lo que muestran las muestras.

Lieja, 3 de Agosto.

Acabo de llegar á Lieja por un delicioso camino que desde Givet sigue toda la corriente del Mosa. Las orillas de este rio son bellas y agradables. Es extraño que se hable tan poco de ellas. Voy á pintarlas.

Despues del pueblo, del figon y de la campesina que se vestía al nacer el sol, se encuentra una subida que me ha recordado el Val-Suzon, cerca de Dijon, y donde el camino, haciendo curvas á cada paso, tuerce por espacio de tres cuartos de hora en medio de un bosque, por entre profundos barrancos excavados en los torrentes. Luego se llega á una planicie, que se recorre rápidamente y que tiene grandes campiñas llanas que se pierden de vista alrededor del que las mira; viéndolas, cualquiera creeria encontrarse en plena Beauce, cuando de repente, á algunos pasos á la izquierda el suelo se resquebraja horriblemente. Desde el camino la mirada se abisma ante una espantosa roca vertical, por cuyas paredes únicamente puede trepar la vejetacion. Es un brusco y horrible precipicio de doscientos ó trescientos piés de profundidad. En el fondo de este precipicio, en la sombra, á través de las malezas de la orilla, se apercibe el Mosa con algun queche que camina blandamente remolcado por caballos, y á la orilla del rio un alegre castillejo de pésimo gusto, muy parecido á un pastel mal hecho ó á un péndulo del tiempo de Luis XV, con su estanque liliputiense y su jardincillo Pompadour, que ofrece todas las volutas, todos los caprichos y todas las ridiculeces imaginables, al primer golpe de vista. Nada hay de más singular dentro de una naturaleza tan rica y tan

espléndida como esa quisicosa chinesca. Se podría decir de ella que es una protesta chillona del mal gusto del hombre contra la poesía sublime de Dios.

Luego se separa del abismo y vuelve á aparecer la llanura, porque el barranco del Mosa corta esa planicie de arriba abajo, como un carril corta un campo.

Un cuarto de hora despues torna á accidentarse: la carretera vuelve á unirse al rio por una cuesta escarpada. Esta vez el abismo es encantador. Es una confusion de flores y de árboles magníficos, iluminados por el cielo resplandeciente de la mañana. Vergeles cercados de cañas suben y bajan revueltos por los dos lados del camino. El Mosa, estrecho y verde, corre hácia la izquierda profundamente encajonado en una doble vertiente. Se presenta un puente; otro rio más pequeño y más bonito vá á arrojarse en los brazos del Mosa: es el Lesse. A tres leguas de distancia, en esa garganta que se abre á la derecha, está la famosa gruta de Han-sur-Lesse. El coche pasa el puente y se aleja. El ruido de los molinos de agua del Lesse se pierde en las montañas. La orilla izquierda del Mosa se resbala graciosamente orlada de un cordón no interrumpido de alquerías y pueblos; la orilla derecha se eleva y crece; el muro de rocas invade y estrecha la carretera, y los escaramujos que brotan de ellas son agitados por el viento y el sol á doscientos piés por encima de nuestras cabezas.

De improviso, en una revuelta del camino aparece una gran roca piramidal, afilada y soberbia como aguja de catedral.

“Esa es la *Roca de Bayardo*”, me dijo el mayoral.

El camino pasa por entre la montaña y esta roca colosal; despues torna á dar una vuelta, y al pié de un enorme peñón de granito coronado de una ciudadela, la mirada se hunde en una larga calle de casas viejas, unida á la orilla izquierda por un buen puente y dominada en su extremo por las cubiertas agudas y las anchas ventanas de brillantes cruceros de una iglesia del siglo quince. Es Dinant.

En Dinant se detiene el coche un cuarto de hora, tiempo que viene bastante justo para poder ver un jardincito que hay en el patio de las diligencias, y que por sí solo bastaría á advertir que estás en Flandes. Las flores son muy bellas, y en medio de esas flores hay tres estatuas de barro cocido.